

Bernard Baudouin



LAS
CLAVES DE LA
INTUICIÓN

Cómo desarrollar la intuición

De Vecchi
dv

Bernard Baudouin

Cómo desarrollar su intuición

«Parkstone International Publishing»

2016

Baudouin B.

Cómo desarrollar su intuición / B. Baudouin — «Parkstone International Publishing», 2016

ISBN 978-1-78525-983-8

"En nuestro día a día, la intuición interviene muy a menudo: tanto si se trata de tomar una decisión importante como de efectuar una elección en temas profesionales, durante encuentros con los amigos... La intuición permite percibir la vida con una mirada distinta y acceder a otra dimensión de la mente. Porque, tal y como indica el autor, «al entreabrir la puerta de la intuición, nuestra cita es simplemente con nosotros mismos...» Esta obra le permitirá entender el proceso intuitivo. Además, el libro presenta técnicas y ejercicios para solicitar, facilitar y desarrollar la intuición (preparación física, escucha interior, anticipación, visualización) y consejos para explotarla. Bernard Baudouin, escritor y periodista, trabaja desde hace muchos años en temas relacionados con la mente."

ISBN 978-1-78525-983-8

© Baudouin B., 2016
© Parkstone International
Publishing, 2016

Содержание

Introducción	6
Primera parte	8
Capítulo 1	9
Definir la intuición	9
Otra mirada a la realidad	11
Capítulo 2	13
Desde siempre, una particularidad del ser humano	13
Intuición e imaginación	14
Intuición e intelecto	14
Intuición y matemáticas	15
Un fenómeno con múltiples rostros	15
Capítulo 3	17
Cuando los pensadores exploran la intuición	17
Henri Bergson, o la intuición recuperada	18
Jung y la revelación de la profundidad de la intuición	19
Los exploradores de otra dimensión de la mente	20
Segunda parte	22
Capítulo 4	23
Cuando la intuición se dirige a la ciencia	23
Конец ознакомительного фрагмента.	24

Bernard Baudouin

Cómo desarrollar su intuición

The logo for De Vecchi features the name 'De Vecchi' in a clean, sans-serif font. Below the text is a stylized, handwritten signature in black ink, which appears to be 'B. Baudouin'.

A pesar de haber puesto el máximo cuidado en la redacción de esta obra, el autor o el editor no pueden en modo alguno responsabilizarse por las informaciones (fórmulas, recetas, técnicas, etc.) vertidas en el texto. Se aconseja, en el caso de problemas específicos – a menudo únicos– de cada lector en particular, que se consulte con una persona cualificada para obtener las informaciones más completas, más exactas y lo más actualizadas posible. EDITORIAL DE VECCHI, S. A. U.

Traducción de Ariadna Martín Sirarols.

Diseño gráfico de la cubierta de © E. Gueyne/esprit-photo.com.

© Editorial De Vecchi, S. A. U. 2016

© [2016] Confidential Concepts International Ltd., Ireland

Subsidiary company of Confidential Concepts Inc, USA

ISBN: 978-1-78525-983-8

El Código Penal vigente dispone: «Será castigado con la pena de prisión de seis meses a dos años o de multa de seis a veinticuatro meses quien, con ánimo de lucro y en perjuicio de tercero, reproduzca, plagie, distribuya o comunique públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la autorización de los titulares de los correspondientes derechos de propiedad intelectual o de sus cesionarios. La misma pena se impondrá a quien intencionadamente importe, exporte o almacene ejemplares de dichas obras o producciones o ejecuciones sin la referida autorización». (Artículo 270)

Introducción

Al ver la vida marcada por la velocidad, la imparable superación de los antiguos límites, la búsqueda de resultados cada vez mejores, las actividades racionales y programadas, el rechazo a todo lo que no es productivo, uno se pregunta qué queda de humano en nuestras decisiones, en nuestros actos, en nuestro trayecto vital.

Sin duda, nuestra civilización ha llegado a un punto de desarrollo nunca alcanzado antes. Vivimos en un mundo ultramoderno, un universo en el que la tecnología aleja día a día los límites de la razón, donde la alta definición de la imagen y la información en tiempo real nos conectan con todos los puntos del planeta. Gracias a la magia de los ordenadores, sabemos explorar, descubrir, descifrar, construir, podemos concebir o divertirnos en tres dimensiones.

Bajo el impulso de súbitas extensiones, nuestras megalópolis se hacen tentaculares, adoptan el aspecto de dibujos animados futuristas. La ciudad de antaño, enriquecida con una cultura profundamente anclada en nuestras raíces, deja paso a la ciudad dormitorio, desierta durante el día y llena por la noche, que embruja a todos los que olvidaron la urgencia y la productividad por el camino.

A algunas personas les gusta ver en estos excesos, legitimados por nuestra época, la señal de una degeneración fríamente consentida por un cientificismo forzado, una deshumanización de nuestra sociedad, que a largo plazo podría poner en peligro el futuro del ser humano. Deben recordarse las desafortunadas experiencias de otras civilizaciones, desaparecidas por haber olvidado demasiado pronto hasta dónde no había que llegar.

Sin embargo, si hablamos de la memoria justamente, por qué no recurrir también a aquella que se encuentra en lo más profundo de cada uno de nosotros. A esa fuente luminosa y vibrante que vive en todo ser humano y que nos puede conducir por el camino de una realización plena y completa, mucho más que cualquier directiva oficial.

Porque una de las principales enseñanzas de todas las civilizaciones que nos han precedido es reconocer, admitir que el hombre dispone en su interior de todos los recursos necesarios para efectuar las elecciones más juiciosas para su trayectoria vital. Ante todo, deberemos definir de lo que se trata, para que no se produzca ninguna ambigüedad sobre la naturaleza exacta de este conocimiento, profundo e íntimo, inherente al ser humano.

El mundo en el que vivimos está regido por leyes que se aplican a nuestros sentidos. Así es como la comprensión del universo que nos rodea y en el que nos sumergimos a largo plazo transita por nuestra vista, oído, tacto, gusto y olfato: nuestros cinco sentidos nos sirven para dilucidar el entorno, todos los datos que forman nuestra inteligencia y nuestra identidad cultural. Con todo, hace ya más de cuatro décadas, los científicos demostraron que esta concepción del mundo con sólo los límites de nuestros cinco sentidos era estrecha y limitada, ya que únicamente recogía una parte de la realidad en su integridad.

Porque más allá de lo inmediatamente perceptible, de lo concretamente sensible, existe, en realidad, toda una franja de sensaciones y percepciones que escapa, si no al control a posteriori, al menos al dominio de nuestra mente y nuestros sentidos cuando se produce. En esta tierra de nadie de la expresión y la comunicación informal, de impresiones frágiles y fugitivas, de contactos con los límites de la razón, es por donde nos aventuraremos hoy.

La intuición es uno de esos fenómenos que se sitúan en la frontera de nuestra normalidad sensitiva diaria. No es completamente «paranormal» en el sentido moderno del término, sino que está fuera de las referencias habituales que constituyen «oficialmente» nuestro universo.

Cuando surge, cuando se afirma y se impone sin consideración para lo que estamos viviendo, la intuición aporta, añade, enriquece de forma incontestable nuestro bagaje sensitivo. A menudo,

sin que nos demos cuenta, nos hace entrar en otra dimensión, dando bruscamente un matiz diferente a lo que estamos viviendo.

A través de la intuición, súbitamente descubrimos que puede vivirse otra relación con el conocimiento. Por ese extraordinario surgimiento de un saber inmediato, lejos de toda lógica y de toda voluntad programada, nos vemos confrontados con los límites de nuestra conciencia, con las eternas incertidumbres de la comprensión, con las verdades «relativas» de nuestra civilización con los sentidos enfermos.

Y, sin duda, no es casualidad que la intuición nos toque a veces con su luz benefactora, para tranquilizarnos, para asegurarnos a su manera que, más allá de las reglas y las leyes de un mundo que corre demasiado, que a menudo pierde la cabeza, existen pruebas para compartir, sutiles mensajes que escuchar y después meditar. Como una luz que de vez en cuando nos muestra el camino hacia nosotros mismos.

Ya no se trata entonces de un simple fenómeno puntual que tendría sólo un valor anecdótico, sino, por el contrario, de la emergencia de una parte de nuestro ser más íntimo, más secreto, que hasta ahora permanecía prudentemente escondida en los recovecos de lo vivido. Como un velo corrido sobre una vida interior que todavía no nos habíamos detenido a explorar y, sobre todo, a la que no habíamos dejado expresarse.

Nuestra búsqueda de la intuición manifiesta entonces su verdadero rostro, que, más allá de las palabras, no es otro que un camino de despertar hacia nuestra vida interior, hacia esa parte de nuestra persona que en todas las circunstancias permanece invisible e impalpable, pero no menos esencial para nuestro recorrido. Acechar, escuchar, acercarse, desarrollar nuestra intuición se imponen como oportunidades para atravesar ese límite entre lo exterior y lo interior, un mundo real y un universo virtual, que den un nuevo sentido a nuestra bipolaridad inicial.

Porque quizás hayamos olvidado, por un efecto perverso del mundo moderno, que nuestra existencia es tanto interna como externa, que nuestros impulsos vitales, a falta de expresarse plenamente, son a menudo más fuertes dentro que fuera de nosotros mismos.

Dejemos de pensar demasiado y de reflexionar, de perdernos en comportamientos estereotipados y otras actitudes artificiales, con el pretexto de aparentar una normalidad de buen tono. Solamente existe una verdad: la que está en lo más profundo de cada ser, y surge de vez en cuando con una agudeza y una precisión incomparables.

Dejemos simplemente que la intuición nos «vuelva a conectar» con nosotros mismos...

Primera parte

DEFINICIÓN

*... es sin dudarle allí,
en el fuero interno de cada persona,
en las situaciones con mayores implicaciones
y más extremas,
donde la intuición revela su auténtica riqueza,
ejerce su papel más auténtico:
cuando el hombre se enfrenta a sí mismo,
a su naturaleza profunda,
solo, de pie frente al mundo,
para tomar decisiones fundamentales
que comprometen su trayectoria futura,
todo su ser súbitamente atento a la menor señal,
escuchando el universo para percibir
sus múltiples aspectos y fortalecerse en la fuente de la vida.*

Nuestro universo de hoy, centrado en la velocidad y los resultados, deja poco espacio para dedicar tiempo a nuestra persona. Nuestra existencia diaria está marcada por los horarios, las exigencias, las obligaciones, las citas... y tantas otras referencias inherentes a la vida en sociedad.

Se cuenta, se regula, se trocea y se rentabiliza el tiempo. Nada ni nadie escapan a este, sean cuales sean su edad o su condición. «Hay tiempo para todo», dice la voz popular, excepto para nuestra persona, puesto que a las obligaciones del sistema en el que vivimos se suman, sin duda, las necesidades – mediáticas o de cualquier otro tipo– sabiamente creadas por este mismo sistema... ¡El consumo obliga!

Teniendo esto en cuenta se entiende mejor por qué, en general, la intuición es considerada por el común de los mortales como un fenómeno completamente marginal y aleatorio, esporádico y de poco valor. Lo menos que podemos decir es que no constituye el centro de debates de interés general. De la intuición se habla poco, se evoca raramente – si no es para sonreír–, apenas se pierde tiempo para ver si existe y seguir sus directrices. En resumen, en un análisis tan rápido como superficial, todo nos lleva a pensar que no es muy importante.

Hemos olvidado pronto que en todas las épocas la intuición, por su insólita y ejemplar naturaleza, por su sorprendente perspicacia y sus imprevistos surgimientos, ha despertado la curiosidad y ha suscitado el interés de muchos pensadores, ha inflamado la imaginación de un gran número de soñadores y se ha prestado a los análisis de algunas de las mentes más brillantes de nuestro siglo. Porque una de las características de la intuición, además de implicar a todas las personas sin distinción de edad, sexo o raza, es que es susceptible de aparecer en todos los campos, en todas las situaciones, en cualquier momento del día o de la noche, en cualquier punto del globo terrestre en el que nos encontremos.

Pero más allá de las imágenes, de las sensaciones que vehicula, de la corrección de su mensaje, la intuición fascina porque parece surgir bruscamente de la nada, llegar de ninguna parte e imponerse de repente con una precisión perturbadora.

Procede al mismo tiempo de lo *desconocido*, por su mecanismo de desencadenamiento, y de lo *conocido*, por su contenido imprevisto y sorprendentemente significativo.

Aquí, en esta zona de la comprensión y el conocimiento, cuyos límites son inciertos, donde los impulsos, las sensaciones y los interrogantes se mezclan sabiamente, dejándonos perplejos y con pocas explicaciones, es por donde nos encaminaremos a continuación...

Capítulo 1

Un extenso campo de observación

La comprensión ha sido siempre uno de los motores de la evolución humana.

Durante mucho tiempo, el esfuerzo de comprensión se ha centrado en el exterior de la persona, tanto que nos resultaba esencial percibir y captar con la máxima precisión la realidad y la densidad de todo lo que nos rodeaba. A medida que se desarrollaba la civilización, la necesidad de saber siguió creciendo hacia lo externo, pero también se «reorientó» hacia el propio ser, hacia todo lo que este encierra en lo más profundo de su ser.

La ciencia y la medicina han pasado las etapas del conocimiento una por una; el pensamiento también se ha fraguado un camino por los meandros y los mecanismos de nuestra mente, para comprender sus engranajes y su funcionamiento. Es, por tanto, muy lógico que, siguiendo las líneas de las primeras investigaciones e interrogantes, la intuición se haya convertido hoy en día en nuestro campo de investigación.

También debe verse en ello un signo de nuestro tiempo, de este principio del siglo xxi en el que las tecnologías avanzadas, la gestión del tiempo y la mecanización nos llevan con naturalidad al interés por nosotros mismos. Es cierto que hemos descubierto muchas cosas sobre nuestro entorno – desde la electricidad hasta los vuelos por la órbita terrestre –, ¡pero queda tanto por descubrir en el interior del ser humano!

Sin embargo, su propia naturaleza convierte a la intuición en un tema de estudio particularmente interesante. En efecto, representa una especie de «parada natural» entre las dimensiones interna y externa de nuestra existencia: ciertamente aparece en nuestro fuero *interno*, imponiéndose a nuestra conciencia, pero es para ayudarnos a dominar y gestionar mejor el *exterior*, a optar por uno u otro comportamiento o a aplazar una decisión. En este sentido, se presenta, sin duda, como una gran baza en nuestra trayectoria vital, tanto desde un punto de vista humano como social, que parece obligatoria para entenderla y utilizarla mejor.

Definir la intuición

No se puede abordar razonablemente un tema como la intuición, cargado de tantos sentidos, sin intentar ofrecer, antes de nada, una definición tan precisa como sea posible. El único problema consiste en que, a pesar de lo que pueda parecer, la intuición no es tan simple como pueda creerse.

Se aborde como se aborde, la intuición está íntimamente relacionada con tres parámetros esenciales: nuestra sensibilidad, una determinada visión de la realidad y un carácter inmediato. De su sabia y misteriosa imbricación nace un conocimiento cuya primera particularidad es no tener ninguna relación con ninguna actividad creadora de la mente.

Esto es lo mismo que decir – y este aspecto es especialmente importante – que la intuición, en su brillantez instantánea, no debe nada a la razón. No obstante, intuición y razón no pueden oponerse categóricamente, ya que, como veremos más adelante, existen determinados elementos que permiten relacionarlas.¹

Por ello, en su fundamento inicial, la intuición escapa a todo acercamiento consciente y metódico en lo referente al contenido de su mensaje. Se asemeja más a un saber inmediato, sin recurrir al intelecto. Su universo es el de la sensación, la presciencia, lo impalpable y lo sutil, el saber inmediato sin ninguna base intelectual. Es una evidencia que se impone de repente, lejos de

¹ Especialmente entre las técnicas de desarrollo de la intuición.

la lógica y el razonamiento, sin preocuparse del contexto o del momento. En este sentido, se trata, efectivamente, de una relación original con el tiempo y el conocimiento.

Por otra parte, también parece necesario ponerse de acuerdo sobre la forma de dicho conocimiento, ya que, tal y como confirman muchos testimonios, a menudo se trata de un conocimiento anticipado. El proceso intuitivo se interpreta entonces como un presentimiento – literalmente un «presentimiento»–, lo cual resulta bastante sugestivo, dados la forma y el momento en que ocurre el fenómeno.

Sean cuales sean su origen, su forma o la definición con la que lo adornemos, este «saber» intuitivo existe en nosotros. Forma parte de nuestros recursos, de esa paleta de expresiones sorprendentemente diversificada que constituye nuestro ser, y aporta a nuestras facultades su auténtico relieve. En la tercera parte de esta obra veremos cómo puede convertirse en uno de nuestros bagajes más preciosos.

Uno de los mayores intereses de la intuición reside, sin duda, en que nos es propia. Nadie, ninguna estructura, ninguna «buena voluntad» tiene poder sobre ella. Es completamente interna y autónoma, no se somete a ninguna influencia y se revela, en todos los casos e independientemente del contenido de su mensaje, como una experiencia muy personal.

La perturbadora evidencia de este saber que parece surgir de ninguna parte, junto a una muy fuerte sensación de certidumbre, aporta a menudo una nueva luz a lo vivido. En este sentido, la intuición debe considerarse, sin ninguna duda, como una de nuestras facultades, aunque no dominemos sus parámetros. Se manifiesta con simpleza, de forma espontánea, como «otra visión» de la realidad en la que evolucionamos con normalidad. Justamente esta función de otra «mirada» es la que confiere a la intuición todo su valor, ya que lo que nos rodea no será apreciado desde el exterior con la mirada física, sino desde el interior, con un profundo conocimiento hasta entonces insospechado.

Lo que se manifiesta de este modo en nuestra conciencia no tiene nada que ver con ningún intermediario o medio de comunicación exterior que imprimen, como de costumbre, su información sobre nuestra pasividad, sino que procede, por el contrario, de una fuente interior, ciertamente inconsciente, pero tan aguda como sea necesario para considerarla una fuente de conocimiento.

Aparte de la razón, además de la conciencia, desconectada de las fuentes clásicas de información, y manteniendo todas las proporciones, la intuición nos hace pensar en una estrella fugaz que fascina de repente por su súbito brillo, pero que desaparece tan rápidamente como ha aparecido, dejando sólo a su paso su sorprendente certeza. En ese instante, un poco fuera de tiempo, alejada de todas las definiciones clásicas, la persona que vive la intuición no piensa, no reflexiona: sabe.

Esta improvisada espontaneidad del conocimiento – que recuerda, sin duda, los *flashes* de videncia descritos por los médium– es propia de la intuición. De hecho, estudios muy importantes relacionan la intuición con algunos fenómenos psíquicos y la consideran una de las facultades más secretas y auténticamente humanas.

De ahí a otorgarle el pomposo título de *sexto sentido*, muy apreciado por el imaginario popular, hay sólo un paso, que efectúan tranquilamente muchas personas. Pero hacerlo sería despachar muy deprisa el asunto, ya que el fenómeno de la intuición procede de un mecanismo mucho más complejo que el sentido estrictamente «físico». Esto no impide que la intuición tenga como efecto modificar el nivel de conciencia del que la vive; en este sentido, se asemeja, evidentemente, a los fenómenos de percepción extrasensorial.²

La intuición, expresión de un saber inconsciente, desborda ampliamente el campo de los conocimientos adquiridos y se erige como un verdadero «lenguaje interior» – indiscutiblemente de carácter a menudo simbólico–, muy presente, susceptible de intervenir en todo instante en nuestra

² Bernard Baudouin, *Les Phénomènes de perception*, Éditions De Vecchi, 1996.

trayectoria diaria. Cuando el mundo nos arrastra hacia una multitud de acciones exteriores y de intervenciones dispares, provocando que a veces llegemos a perder el hilo conductor, la intuición nos permite tomar contacto de nuevo con nuestra fuente más íntima y profunda, la más auténtica, la menos «contaminada psíquicamente» por la vida en comunidad.

En pocas palabras, la intuición representa, sin duda, una de las riquezas más esenciales del ser humano. Además, es susceptible de intervenir en todos los campos de nuestra existencia, de tocar el conjunto de nuestros centros de interés, de inmiscuirse en nuestras mínimas preocupaciones. Y lo hace simplemente porque existe en lo más profundo de cada persona y, de hecho, se encuentra implicada en toda nuestra existencia.

Por ello se entiende mejor por qué el interés por la intuición se ha llegado a considerar un campo de investigación casi ilimitado. Mucho más que un fenómeno esporádico y aleatorio, en realidad lo que vamos a tratar en la presente obra es la propia naturaleza humana, en sus aspectos más íntimos y secretos.

Al entreabrir la puerta a la intuición, con el pretexto de una curiosidad legítima, con quien realmente concertamos una cita es con nosotros mismos.

Otra mirada a la realidad

Antes de adentrarnos más en el fantástico mundo de la intuición, debemos detenernos un instante en lo que nos permite día a día vivir y comunicarnos con nuestros semejantes, es decir, nuestra percepción de la realidad.

En efecto, la vida de toda persona se asienta sobre su percepción, su comprensión y su interpretación de lo que la rodea. Por así decirlo, sólo a través de estos filtros podemos existir. Aceptamos como real lo que perciben nuestros cinco sentidos; asumimos como realidad lo que nos permite entender nuestra cultura; por último, nuestro intelecto nos ofrece la posibilidad de interpretar tal o cual aspecto de nuestras percepciones y hacer – o no – de él una realidad.

Este último punto es particularmente crucial, ya que significa que sólo aceptamos como realidad lo que somos capaces de entender. Y este es justamente el problema de la intuición, ya que, como hemos visto, no es el resultado de ninguno de nuestros sentidos.

Con todo, la ciencia, haciéndose eco de las más antiguas tradiciones espiritualistas, ha demostrado, desde hace mucho tiempo, que el mundo no se detiene en el límite de lo que percibimos: ¡no percibir un fenómeno no significa que no exista! Esto es especialmente cierto para los ultrasonidos o los rayos X, que son imperceptibles para nosotros y, no obstante, constituyen fenómenos vibratorios indiscutibles.

Esto nos conduce a admitir que lo que consideramos como la realidad es a menudo muy relativo, constituye sólo un aspecto parcial de ella y depende, sobre todo, de nuestra apertura de mente, de la importancia que queramos otorgar a todo lo que percibimos y no entendemos. ¿De qué puede servirnos? Simplemente para abrir nuestro cuerpo y nuestra mente a otros campos de fuerza, a otros modos de percepción y, a fin de cuentas, a la creencia en una realidad más amplia de la que considerábamos en un principio.

Porque la gran lección que debemos recordar, desde el momento en que nos interesamos por nuestras percepciones y nuestra conciencia de la realidad, es que *lo vivido está estrechamente ligado a nuestras creencias*. Dicho con otras palabras, admitir – sin explicarlo de momento – que la intuición es un modo de percepción total sobre lo mental, que prepara nuestra mente y todo nuestro ser para vivir muchos más fenómenos de este tipo.

Seamos claros, no se trata de descubrir «otra» realidad, sino más bien de desvelar, por fin, algunos aspectos ocultos de nuestra realidad de cada día. Esta mirada diferente sobre la realidad, considerándola, no como algo terminado y cerrado, sino más bien como una etapa que está todavía

sin explorar, nos depara sorprendentes descubrimientos y nos permite dejar el campo libre a fascinantes experiencias.

Una idea esencial que debe admitirse, de una vez por todas, ya que nos servirá en otros campos, es que *el mundo no se limita a la visión que de él tenemos*. Desafortunadamente, a menudo las creencias de los seres humanos son las que limitan su campo de experiencia y, asimismo, su comprensión, su aceptación del mundo. *La realidad es una. Son las personas, en su complejidad y sus diferencias, con su mirada matizada, quienes la ven sólo de forma parcial o truncada.*

Una de las principales funciones de la intuición, a su manera, es abrir nuestra mente a lo que realmente es la realidad, llevar de pronto a nuestra conciencia una visión más amplia de una situación en la que estamos implicados. En este sentido, la intuición no representa sólo un fenómeno de carácter anecdótico, es mucho más que eso. Cabe ver en ella una apertura, una mirada de diferente envergadura sobre nuestra cotidianidad. En una palabra, una conciencia ampliada, finalmente susceptible de abarcar toda la realidad, de permitirnos existir, de realizarnos de forma plena y total.

La experiencia de la intuición adquiere entonces una nueva dimensión, diferente a la habitual hasta ese momento, cuando de repente una súbita sensación «impresionaba» nuestros sentidos. Atravesando el límite de lo desconocido, que la cubría hasta entonces, se manifiesta como un modo de funcionamiento mucho más natural y habitual de lo que imaginamos.

Es fácil pensar que la intuición está estrechamente relacionada – a la fuerza– con la evolución del ser humano, especialmente cuando este contaba sólo con sus propios recursos para afrontar las pruebas de la existencia. Y, sin duda, en el fuero interno de cada persona, en las situaciones de mayor implicación y más extremas, es donde la intuición desvela su mayor riqueza y desempeña su auténtica función: cuando la persona se enfrenta a sí misma, a su profunda naturaleza, sola frente al mundo para tomar sus decisiones fundamentales, que afectan a su trayectoria futura, con todo su ser completamente atento a la mínima señal, escuchando el universo para percibir sus múltiples aspectos y fortaleciéndose en la fuente de la vida.

Capítulo 2

Las diferentes formas de intuición

Abordar un tema como la intuición requiere un cierto «condicionamiento» que pasa por una gran precisión sobre el alcance de los fenómenos observados.

En primer lugar, la intuición se manifiesta como un tema susceptible de ser analizado, por el hecho de que se nos presenta con formas distintas y en múltiples contextos. Para poder captar mejor la amplitud y la complejidad del fenómeno intuitivo, resulta interesante examinar el conjunto de manifestaciones que se pueden producir. Para ello, basta con prestar una mínima atención a los incontables ejemplos, algunos en forma de relatos, que hallamos en casi todos los ámbitos de nuestra vida personal y social.

Dicha intuición, que se ha considerado relativamente poco frecuente, en la actualidad está más presente en nuestra existencia de lo que la persona desea admitir. Tanto en privado, en nuestros pensamientos más íntimos, como en nuestras relaciones familiares o en nuestra vida profesional, con un poco de costumbre aprendemos muy pronto a buscar y localizar la intuición en todos los momentos importantes, especialmente cuando es preciso tomar una decisión crucial o efectuar una elección esencial en nuestra vida.

Si antes no la notábamos, era simplemente porque la intuición es un elemento que se integra en el funcionamiento normal de nuestra mente y porque, desde nuestra más tierna edad, instintivamente escuchamos sus mensajes o tenemos en cuenta sus avisos, sin reflexionar sobre el proceso en cuestión.

Desde siempre, una particularidad del ser humano

En realidad, si se mira atentamente, la intuición se encuentra en todas partes. Y siempre ha sido así, mucho más allá de donde se remonta la memoria de la humanidad. En todas las sociedades, en todas las etapas de nuestra civilización – incluso en las de las que nos precedieron –, han existido referencias a individuos particularmente intuitivos, capaces de «sentir» las cosas, o incluso a los seres, de tener de pronto una visión de lo que sucederá, en los buenos y malos momentos, para emprender una u otra acción.

Se trata de personas sin una particular educación, muy próximas, por el contrario, a la naturaleza y a la esencia de las cosas, a la sensibilidad, que curiosamente reciben todo tipo de «señales» que no pueden compartir con sus congéneres, porque no se pueden formular ni traducir al lenguaje corriente y sólo pueden asimilarse a «impresiones» o a un saber inmediato que trastorna su entorno. En especial, en algunos pueblos primitivos se encuentran huellas de comportamientos extraños, donde se mezclan instinto e inconsciencia, que hacen que en un momento determinado se «sepan» las cosas, sin ni siquiera haber pensado en ellas previamente.

Este mismo principio de «conocimiento instantáneo» se encuentra en unos seres particularmente sensibles, los niños; en efecto, por naturaleza son sorprendentemente receptivos y, a menudo, su comprensión supera de largo su elocución. Ese conocimiento es implícito y no verbal, y se relaciona con el aspecto receptivo, más que expresivo, de la esfera afectiva, todavía no iniciada en las formulaciones abstractas de los adultos. Mucho antes de entender su sentido, el niño «siente», «percibe», se encuentra bien a su pesar en comunión vibratoria con los hechos o los seres.

Cómo no recordar, también, la famosa «intuición femenina», que hace sonreír a muchos hombres y que, sin embargo, a menudo resulta mucho más pertinente que los grandes discursos y las reflexiones de estos últimos. Una vez más, la sensibilidad – incluso la ultrasensibilidad, esa alta capacidad de percibir las intenciones latentes –, en una especie de paréntesis extraintelectual, cuyo acceso aparentemente resulta más difícil para el género masculino, supera la lógica y el

razonamiento. Es preciso reconocer, en toda su objetividad, la pertinencia de las intuiciones femeninas – de las que se dice que podrían estar relacionadas con particularidades biológicas de este sexo–, de ese conocimiento inducido fuera de toda presuposición racional, que en numerosas ocasiones trastorna, pero que, en contra de lo esperado, resulta temiblemente exacto.

Intuición e imaginación

Uno de los primeros ámbitos donde podemos tomar conciencia de nuestra intuición es, sin duda, en la imaginación. Sabemos que el proceso imaginativo se alimenta de todos los elementos que pasan por la mente, consciente o inconscientemente, tanto si son reales, como si son abstractos. En este sentido, es normal que se tengan en cuenta los «impulsos» intuitivos que de vez en cuando afloran a la superficie de nuestra conciencia.

No es casualidad que los grandes pensadores, los creadores de todo tipo, los investigadores más prestigiosos, los inventores de renombre hayan admitido, antes o después, el papel ejercido por la imaginación intuitiva en sus trabajos.

En la fuente de toda invención del ser humano se encuentra necesariamente el razonamiento, pero también, en una proporción variable, una parte no despreciable de datos sin ninguna relación con el pensamiento, el intelecto o la conciencia. Entonces surgen imágenes, sonidos, asociaciones de ideas, pensamientos imprescindibles, certidumbres que orientan, matizan, aclaran e iluminan el contexto con su repentino brillo.

De pronto, algo más que una coincidencia se apodera de nosotros: es la sensación, a la vez extraña y embriagadora, de estar bruscamente conectado con una verdad esencial, inexplicable y, sin embargo, cierta; de haber abandonado el mundo material y tangible de lo conocido, pasando un límite invisible para penetrar en un universo de evidencias. En un curioso paréntesis de tiempo y espacio, las palabras y los pensamientos, los conceptos y las asociaciones de ideas... son un simple hilo de luz que parece vincularnos con la creación más pura. La elevación que se produce en ese momento genera un «sentimiento de liberación que se separa de todo lo que tienen en común los seres humanos y procura alivio y alegría. Un sentimiento también de coincidencia con el esfuerzo generador de la vida».³

Esto es lo mismo que decir que el poder de invención, cuya constancia al cabo de los años ha hecho que sea admirado por todos, está fuertemente teñido de una potencia intuitiva poco despreciable. En otras palabras, en muchos casos será la intuición la generadora de ideas, de invenciones, que proporcionarán a la imaginación el material para sus desarrollos creativos.

Intuición e intelecto

Así es como, adornada con este poder de generar ideas, de provocar en cierto modo mecanismos de invención, la intuición toma una dimensión intelectual y entra en el campo de la conciencia elaborada. Con las experiencias, trasciende su primera importancia, y se establecen nuevas relaciones entre lo conocido y lo desconocido, para pronto mutar hacia un acto de completa inteligencia.

Tal y como recordábamos anteriormente, el «saber inmediato» de la intuición, por su asombrosa perspicacia, no puede negarse y representa indiscutiblemente una forma de inteligencia. Es fácil dar el paso de la inteligencia al conocimiento con la mente que racionaliza y formaliza el saber intuitivo. A partir de ahí, la intuición, más allá de su primer surgimiento, accede a un segundo nivel de concreción y se encuentra íntimamente relacionada con el intelecto.

³ Jeanne Bernis, *L'Imagination*, Presses Universitaires de France, col. «Que sais-je?», 1969.

En este sentido, la intuición debe considerarse como el punto de partida del conocimiento, el fundamento inicial en el que la mente realiza entonces su análisis reflexivo y crea conceptos, establece relaciones entre las sensaciones, porque así lo decía el filósofo alemán Emmanuel Kant (1724-1804): «Las intuiciones sin concepto son ciegas».

Intuición y matemáticas

Uno de los ejemplos más significativos en materia de intuición a la vez imaginativa e intelectual se sitúa, sin duda, en el campo complejo – y a menudo considerado ingrato– de las matemáticas. En efecto, contra todo lo esperado, el campo de la investigación matemática se manifiesta como un terreno de exploración casi ilimitado y recurre a todas las capacidades mentales y psíquicas, intuitivas y conceptuales del ser humano.

Muy lejos de la tradicional frialdad que los no especialistas reservan a estos temas, sugiriendo parecidos entre las nociones matemáticas, la intuición supera el estadio de la única sensibilidad y alcanza otras cimas, demostrando una sutileza pocas veces igualada: «En este universo específico, la intuición sensible, tal como se encuentra en la percepción (...), ya no puede intervenir, proporciona objetos al pensamiento prematemático. Entre estos objetos se realiza de forma aproximada un carácter común. La imagen sensible da una visión global de un conjunto en el que se aplica una misma propiedad. Es una intuición que puede despertar nociones que no tienen su origen en la experiencia. Otro tipo de intuición se produce en la mente del matemático que trata los datos matemáticos “como seres familiares” entre los que entrevé relaciones. Así es como se aplicará un tipo de intuición más sutil que la intuición inmediata, y esta hará surgir tanto una afiliación que pueda ir hasta la equivalencia de problemas distantes en un principio, como categorías de objetos que pueden diferir en cuanto a su naturaleza, pero que dan lugar a un mismo sistema de relaciones. Percibir tales posibilidades es propio de la intuición prolongada. Así, la aplicación del cálculo de imaginarios a la geometría deja aparecer una diversidad de sistemas geométricos. Es pues la intuición imaginaria la que sugiere parecidos entre las nociones matemáticas. La geometría de las transformaciones es su mejor ejemplo».⁴

Un fenómeno con múltiples rostros

Hasta el momento hemos recordado la presencia y el papel de la intuición en el universo de las matemáticas, pero habríamos podido hacer lo mismo en muchos ámbitos profesionales,⁵ que día a día ven cómo la intuición influye notablemente – a menudo sin hacer demasiado ruido y pasando desapercibida– en el curso de las cosas.

¿Cómo no detenerse ni un instante en el mundo de los creadores, que por esencia son los más susceptibles de escuchar? Nadie puede intentar hablar razonablemente de un escritor, un músico o un pintor, un escultor o un investigador sin mencionar la parte de intuición que entra en la propia naturaleza de su trabajo.

No faltan ejemplos famosos: desde Beethoven, que decía escribir bajo el dictado de un Espíritu, hasta Baudelaire, que contaba que su inspiración no dejaba de rondarle, pasando por el pintor Eugène Delacroix o el escritor Antoine de Saint-Exupéry, que confesaba que la «iluminación es sólo la visión repentina, a través de la mente, de un camino largamente preparado», sin olvidar a Albert Einstein, que reveló que su teoría de la relatividad se le apareció en sueños, o Arquímedes, que descubrió en una perturbadora experiencia sensitiva su teorema de los cuerpos flotantes, pero

⁴ Jeanne Bernis, *op. cit.*

⁵ En la cuarta parte de esta obra examinaremos con más detenimiento las aplicaciones de la intuición en otros campos profesionales.

también Thomas Alva Edison, seguro de deber su descubrimiento de la bombilla incandescente a mucho más que una simple casualidad.

Además de estos grandes nombres y sus experiencias personales – forzosamente sensoriales, teniendo en cuenta su universalidad–, existe una multitud de ejemplos y circunstancias comunes a todos ellos, que se reproducen de vez en cuando y nos dejan perplejos en cuanto al sentido que hay que dar a esos insólitos comportamientos que descansan sobre certidumbres intangibles: aquí un directivo importante confesando que recurre a su intuición para marcar sus grandes líneas estratégicas, allí un periodista atento a sus mínimos sueños, más allá un financiero que no teme recurrir a una gran «sensación» para dejarse aconsejar sobre la gestión de su banco o un comercial que practica la relajación para dejar emerger mejor su intuición en los momentos cruciales de su vida profesional; pero también podemos ser usted y yo, escuchando y confiando sin razón aparente en nuestra «primera impresión», cuando es necesario que tomemos una decisión en la vida de cada día, o dando pruebas de una confianza «instintiva» en una determinada persona.

Sea el asunto que sea, el momento en que se imponga o las implicaciones que genere, la intuición aparece bajo múltiples facetas, tal como reflejan los testimonios de los que perciben repentinamente sus efectos:⁶

- Con la intuición, siento que es cierto (...).
- Es la sensación de que pasa algo (...) no relacionado con las apariencias (...).
- La intuición me permite activar mi cerebro derecho, asociar imágenes e ideas, encontrar nuevas soluciones; descansa en la lógica (...).
- La intuición surge del silencio, de la parada, de un movimiento interiorizado, de una escucha interior; nace en los momentos privilegiados (...).
- La intuición está relacionada con el cuerpo, el corazón, lo esencial; me permite encontrar el sentido detrás de la simple apariencia.
- La intuición es mi guía interior (...).
- Cuando me llega una intuición, lo noto, estoy bien, estoy en armonía conmigo mismo y con el resto del universo (...).
- A veces, la intuición es tan fuerte que siento físicamente sus vibraciones (...).
- Con la intuición, es así, no puedo explicarlo; me queda revestirla de razones racionales.

Es obvio que existen tantos matices en la percepción de la intuición como personas para recibirla. Es esto justamente lo que la hace tan rica y lo que, en el transcurso de los años, ha llevado a muchas mentes cultivadas a buscar una explicación, tal y como veremos a continuación.

⁶ Michel Giffard, *Développez votre intuition et celle de votre équipe*, ESF, 1992.

Capítulo 3

La intuición según los que la han estudiado

*El conocimiento intuitivo es un rayo
que surge del silencio y que está allí,
ni más arriba, ni más profundo, de verdad,
pero justo allí, bajo nuestros propios ojos,
esperando que nos volvamos un poco más claros.
No es tanto cuestión de educarse
como de liberarse de las obstrucciones.*

Sri Aurobindo

Existen personas que viven la intuición día a día, como usted y yo, cuando llega y como se presente, que la experimentan golpe a golpe, escuchando escrupulosamente o rechazándola con desprecio. También hay personas que dedican tiempo a reflexionar sobre la intuición, a observarla, a detallar sus posibles causas y los efectos más considerables, que desmontan por completo el mecanismo hasta alcanzar sus detalles más pequeños y extraer sorprendentes significados ocultos.

De vez en cuando, en todos los países, surgen mentes curiosas deseosas de entender, que se interesan por la intuición por lo que tiene de inevitable y específicamente humano.

Como parte de nosotros mismos con pleno derecho, la intuición nos sorprende, nos fascina, nos llama, pero también, a menudo, en su imperiosa espontaneidad, molesta, interroga, pone en duda, da un relieve distinto a esa realidad que pensábamos que abarcábamos en su conjunto y que, de repente, aparece distinta.

La intuición reenvía al hombre a sí mismo, a sus pensamientos y a sus actos. Es inevitable que todos los que reflexionan sobre el pensamiento humano lleguen a interesarse por ella.

Cuando los pensadores exploran la intuición

El filósofo griego Platón (429-347 a. de C.), célebre discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, fue, sin duda, uno de los primeros que posó su mirada sobre la intuición, reconociéndole la dimensión de auténtico conocimiento, ya que, según él, era equivalente a la contemplación del mundo inteligible.

En el siglo ii de nuestra era, el pensador griego Plotino (205-270) se interesó también de cerca por esta capacidad introspectiva. Pronto la definió con una fórmula que se hizo famosa: «La intuición es el conocimiento absoluto basado en la identidad de la mente con el objeto que conoce». Aunque pueda parecer lacónica, esta definición tiene el mérito de plantear el debate: tenemos aquí, por una parte, un conocimiento que es, además, absoluto, y, por otra parte, una cierta identidad de la mente con el objeto que conoce. Ante este enunciado, se concibe claramente que todo suceda en el interior del hombre y que la intuición actúe en cierto modo como una fuente reveladora, llevando a la persona a mirarse – o a escucharse – más de cerca.

En realidad, desde el punto de vista etimológico, la palabra *intuición* procede del latín *intuitio*, derivado a su vez de *intuieri*, cuyas raíces son *in* («en, dentro») y *tueri* («contemplar, mirar con cuidado»).

Kant, por su parte, confiere a la intuición un papel esencial, ya que la asimila ni más ni menos que a la actividad perceptiva de la mente y, en este sentido, la considera parte activa de la experiencia sensible de la persona. Hasta tal punto que, a sus ojos y bajo su pluma, el vocablo *intuición* sustituye a la palabra *sensibilidad*.

Descartes (1569-1650), filósofo, matemático y físico francés, acerca más bien la intuición a la inteligencia: ve en ella una percepción de tipo particular, una revelación inmediata y sin intermediario, pasiva, cuyo sentido profundo no puede entenderse sin una cierta educación (su «método»: el cartesianismo). De hecho, la considera como la «sensibilidad de la inteligencia». «El conocimiento intuitivo es una iluminación del alma; esta percibe en la luz de Dios las cosas que le place revelarnos a través de una impresión de claridad divina a nuestro entendimiento, que no se considera como un agente, sino sólo como un receptor de los rayos de la divinidad».

Gracias al interés continuado que dedicó a la intuición, el matemático Henri Poincaré⁷ (1854-1912) nos mostró que este tema, sin duda, llamaba la atención de pensadores de todos los tipos. Así es como hizo de la intuición «el resultado de una sensibilidad estética subconsciente que nos hace adivinar relaciones ocultas».

Todos estos estudiosos y sus investigaciones han tenido el mérito de descubrir poco a poco niveles de comprensión hasta el momento insospechados. Si los límites de la intuición se vuelven más familiares para nosotros, las definiciones que se dan de esta siguen siendo confusas y embrionarias. Otro filósofo francés se interesaría enormemente por la intuición, y gracias a la perspicacia de su pensamiento le conferiría una nueva dimensión. Su nombre es Henri Bergson.⁸

Henri Bergson, o la intuición recuperada

Para Bergson, una de las primeras características de la intuición es que se opone a la inteligencia, ya que esta no puede tener acceso a los secretos de las cosas y de la vida.

Pero la mejor manera de delimitar el fondo de su pensamiento consiste en concederle un breve instante la palabra, para leer una de sus sintéticas definiciones: «La intuición es la intimidad, el sentimiento de total fusión con el objeto del conocimiento, la simpatía por la que nos colocamos en el interior del objeto para coincidir con lo que, en él, es único. Sólo esta unión íntima con el objeto nos permite conocerlo a la perfección. Contrariamente a la inteligencia, cuyo destino primero es la práctica (...) y cuyos principios no se aplican a la materia, la intuición nos permite coincidir con el dato puro, con el movimiento libre y creador de la vida y la mente.

«Todo conocimiento intelectual es discriminatorio, separa un elemento de otro, un estado de otro, y la lengua – tan precisa como es– sólo aumenta esa división, que en sus límites se convierte en atomismo mental. Con todo, los estados de conciencia son fluidos, se interpenetran más de lo que se suceden, tienen una calidad inexpresable: la duración, calidad pura, progreso captado en su progresión; si, por lo tanto, se desea alcanzar la intimidad del yo – que es el objeto de la filosofía– es preciso renunciar a conocerla por el pensamiento racional, que recorta y mutila, para captarla en sus datos inmediatos por una facultad especial: la intuición».

En esta aproximación, considerada como una filosofía espiritualista, Bergson reivindica recuperar el sentido de las intuiciones, olvidar por un instante la reflexión para considerar las intuiciones básicamente como datos esenciales que pueden alimentar nuestra mente y nuestro trayecto vital. Lo que quiere decir es que la intuición, a su manera, realiza la síntesis entre la inteligencia y el instinto. En este sentido, es la expresión de la realidad viva y móvil de nuestro mundo, pero también del impulso vital que se inscribe en la duración.

Según Bergson, «(...) en el origen de toda filosofía existe una intuición por la que el filósofo “entiende” en un instante un acto simple, lo que reúne lo real y el significado de lo existente». Es lo que se denomina la intuición metafísica, que está en el origen de esa gran hipótesis, de esa concepción general del mundo que es la filosofía.

⁷ Matemático francés de gran renombre que descubrió las funciones fuchsianas.

⁸ Henri Bergson (1859-1941): filósofo francés, autor de *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* (1889), *Memoria y vida* (1896), *La risa* (1900), *La evolución creadora* (1907), *Duración y simultaneidad* (1922), *Las dos fuentes de la moral y la religión* (1932), *La energía espiritual* (1919) y *El pensamiento y lo moviente* (1934).

Para Bergson la intuición es, por tanto, una fuente de conocimiento inmediato, fuera de todas las presuposiciones intelectuales. A sus ojos, representa nada menos que la realidad en sí, lo absoluto. Por ello su pensamiento se considera como una filosofía espiritualista, ya que, al reivindicar la supremacía de la intuición – que Bergson define como una ciencia de la mente–, reivindica también la restauración de los valores espirituales amenazados por la intelectualización y la ciencia.

Jung y la revelación de la profundidad de la intuición

Siguiendo el camino de sus famosos predecesores, el psiquiatra y psicólogo suizo Carl Gustav Jung (1875-1961), uno de los fundadores del psicoanálisis, se dedicó metódicamente a explicar los arcanos de la conciencia, demostrando con energía que si la conciencia es discontinua e intermitente en nuestra vida, el inconsciente es, en cambio, «un estado constante, duradero, que, en su esencia, se perpetúa parecido a sí mismo». «(...) El inconsciente teje eternamente un amplio sueño que, imperturbable, sigue su camino por debajo de la conciencia, emergiendo a veces por la noche en un sueño o causando durante el día singulares y pequeñas perturbaciones».

Con sus estudios, Jung expone brillantemente una nueva definición de la conciencia – que pronto sería una referencia–, a la que considera constituida por cuatro elementos básicos: sensación, pensamiento, intuición y sentimiento.

Para captar la destacada perspicacia de su pensamiento, podemos detenernos un instante en la definición que ofrece de la intuición: «La gente que vive expuesta a las condiciones naturales hace un gran uso de la intuición; también la emplean los que corren algún riesgo en un campo desconocido, que son los pioneros de un modo u otro (...). Cuando nos encontramos en presencia de nuevas condiciones, todavía vírgenes de valores y de conceptos establecidos, dependemos de esta facultad de la intuición».

Jung reconoce que la propia naturaleza de la intuición es difícilmente comprensible por nuestro intelecto, ya que se sitúa por encima del umbral de la conciencia. No obstante, esta dificultad no elimina en absoluto su innegable necesidad: «La intuición es una función muy natural, perfectamente normal y necesaria; se ocupa de lo que no podemos ni sentir ni pensar, porque carece de realidad, como el pasado que ya no es y el futuro que no es tanto como pensamos. Tenemos que estar muy agradecidos al cielo por poseer una función que nos otorga cierta luz sobre lo que está *más allá de las cosas*».

Justamente porque es un fenómeno natural, la intuición se expresa de distintas maneras, tanto físicamente (olfato «animal»), como a través de las emociones (atracción o rechazo instintivo), tanto en el plano mental (estímulo intelectual), como en la esfera de lo espiritual (experiencia mística).

Tal y como subraya justamente Claude Darche, «para Jung, la intuición procede de una conexión de la persona, de su consciente, con las capas más profundas de su inconsciente, pero sobre todo del inconsciente colectivo:⁹ los arquetipos¹⁰ y los símbolos. El inconsciente colectivo es una auténtica base de datos: acumula todas las experiencias del universo y de la humanidad. Así el hombre está en posesión de muchas cosas que nunca ha adquirido por sí mismo, sino que ha heredado de sus antepasados».¹¹

Como afirma el propio Jung, el hombre no nace sin nada, desnudo y desprovisto de todo, como el animal que viene al mundo, sino simplemente inconsciente de todo lo que posee en él

⁹ Inconsciente colectivo: conjunto de informaciones reales e imaginarias, adquiridas y transmitidas de generación en generación por grupos de personas desde tiempos inmemoriales. Es una parte de la psique que se distingue del inconsciente personal porque no es una adquisición personal.

¹⁰

¹¹ Claude Darche, *Libérez votre intuition*, Éditions du Rocher, col. «Âge du Verseau», 1995.

desde el nacimiento, es decir, de «sistemas organizados específicamente humanos y preparados para funcionar, que debe a los miles de años de evolución humana».

Pero lo que por encima de todo constituye la aportación fundamental de Jung a la comprensión de la intuición es, sin duda, lo que denomina el fenómeno de la «sincronicidad», según el cual las perturbadoras coincidencias de la vida cotidiana, a menudo teñidas de intuición, aparecen bajo una nueva luz. Para Jung, se trata de un paréntesis en el tiempo: a partir de ese momento, ya no se puede hablar de una percepción del desarrollo del tiempo como se acostumbra a vivir normalmente, sino de «otra» realidad, otra «organización» espacio-temporal, con la que la intuición nos conecta de repente.

En este sentido, la intuición nos permite explorar un universo desconocido, paralelo, en el que las circunstancias concretas y los fenómenos físicos se organizan, se coordinan fuera de toda conciencia, según parámetros exteriores a nuestra razón, pero también a nuestro psiquismo individual.

Los exploradores de otra dimensión de la mente

Jean Charon,¹² físico y filósofo francés, auténtico investigador del pensamiento humano, después de iniciar investigaciones nucleares y «desplazarse» después hacia la física fundamental, ha contribuido al avance de nuestra conciencia del fenómeno intuitivo gracias a sus estudios sobre la teoría general del conocimiento. En su deseo de prolongar los trabajos de Einstein, basándose en una teoría unitaria, se ha interesado particularmente por todos los fenómenos con repercusiones en el físico del hombre, entre los que se encuentra, evidentemente, la intuición.

Pero Charon va más lejos que sus predecesores: concibe un mundo mucho más amplio que el que pensamos aprehender, compuesto de energía. Llegando en algunos aspectos a lo que Jung llama el inconsciente colectivo, Charon considera que cada uno de los electrones que nos constituyen¹³ es una memoria portadora de una infinidad de informaciones. Los electrones tienen la capacidad de comunicarse entre sí, instantáneamente y en el lugar que sea, ya que el alejamiento en el espacio no tiene ningún efecto en su difusión.

Demostrando que cada uno de nuestros electrones encierra un tiempo y un espacio de la mente, Jean Charon llega a la conclusión de que la mente es lo que constituye verdaderamente al ser humano. Las interacciones permanentes de las informaciones contenidas en nuestros electrones se resumen entonces en un verdadero «intercambio espiritual» sobre el que descansa toda nuestra vida.

Esto nos conduce a concebir la intuición como intercambio de informaciones, en un universo en el que resulta que quizá sea la mente, a través de los electrones, que son también «campos vivos» – y «sabios», por su saber casi eterno–, la que condiciona la materia. En este sentido, ya no es necesario ver para saber, sino simplemente existir. El conocimiento intuitivo, portador de saber profundamente escondido en nuestros electrones, puede así utilizar nuestros cinco sentidos para transmitir sus mensajes a nuestra conciencia.

En la actualidad hallamos esta noción de conocimiento adquirido y conservado con el tiempo, accesible en ciertas circunstancias a cada uno de nosotros, en los trabajos de Rupert Sheldrake,¹⁴ que, al definir lo que denomina los «campos mórficos», ilumina los fenómenos intuitivos con una nueva luz. Según Sheldrake, todo sistema natural que exista tiene su propio «campo», en cierto modo es la suma de las informaciones que lo caracterizan.

¹² Es autor de *L'Esprit, cet inconnu*, Albin Michel, 1977.

¹³ Nuestro cuerpo contiene millones, el número 4 seguido de 28 ceros, y se considera que la duración de un electrón es de mil millones de millones de años, es decir, ¡la edad del universo!

¹⁴ Rupert Sheldrake: bioquímico y biólogo británico, autor de *Une nouvelle science de la vie*, Éditions du Rocher, Mónaco, 1985.

Todos los intercambios, los contactos, las influencias entre una persona y otra, entre un ser humano y un animal, o un vegetal, o más ampliamente con una cosa – y, evidentemente, por extensión, entre dos elementos existiendo en el mismo plano de materialización– dependen de una conexión entre un campo mórfico y otro que le corresponde. A partir de entonces, la transmisión de informaciones que tiene lugar, en perfecta conciencia o implícitamente, representa una forma de «armonización», de equilibrio de los niveles vibratorios que llevan al conocimiento, y se realiza sin ningún límite en el espacio, pero tampoco en el tiempo: «Cuando un sistema organizado particular deja de existir – cuando un átomo se desintegra, cuando un copo de nieve se funde o cuando un animal muere– su campo organizador desaparece del lugar específico donde existía el sistema. Pero, en otro sentido, los campos mórficos no desaparecen: son esquemas¹⁵ de influencia organizadores potenciales, susceptibles de manifestarse de nuevo, en otros tiempos, en otros lugares, en otras partes cada vez que las condiciones físicas sean las apropiadas. Cuando es el caso, encierran una memoria de sus existencias físicas anteriores».

Todas estas aproximaciones al fenómeno intuitivo, aunque muy diferentes, se revelan complementarias, en el sentido de que descubren un proceso sorprendentemente natural y, a la vez, de una complejidad sin límites. Porque, a fin de cuentas, al recorrer los estudios de los grandes pensadores, deteniéndonos a leer entre líneas, desde Leibniz,¹⁶ que asegura que «todo fragmento de materia es una colonia de almas», hasta Teilhard de Chardin,¹⁷ que considera que «el universo material se baña en un tejido físico», o incluso Costa de Beauregard,¹⁸ que afirma que el «universo material estudiado por la física no es todo el universo, sino que esconde, demuestra y deja entrever la existencia de otro universo mucho más primordial, de carácter psíquico, del que sería un doble pasivo y parcial», nos damos cuenta de que, en realidad, de estos análisis, como decíamos, se deduce que hemos subestimado hasta ahora la realidad de nuestra existencia, en lo vivido por nosotros diariamente, la extensión de nuestros conocimientos – que son infinitos– y, desde luego, la naturaleza indisociable e indispensable de nuestras capacidades intuitivas.

A partir de este momento, nos centraremos en entender mejor y, para ello, redefiniremos el proceso intuitivo, así como las estrechas relaciones entre intuición y conciencia.

¹⁵ Esquema: estructura o movimiento de conjunto de un objeto, de un proceso.

¹⁶ Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716): filósofo y matemático alemán.

¹⁷ Teilhard de Chardin (1891-1955): paleontólogo, teólogo y filósofo jesuita francés.

¹⁸ Costa de Beauregard (1835-1909): historiador francés.

Segunda parte

INTUICIÓN Y CONCIENCIA

Todos los conocimientos derivan de lo que sentimos.

Leonardo da Vinci

Existen algunos temas que, más que otros, son portadores de sueños y misterios. La intuición es uno de ellos.

A medida que penetramos en su universo, que pedazos de definiciones van delimitando sus impalpables contornos, es necesario reconocer que entramos en un mundo «aparte», «ajeno»... y, sin embargo, tan relacionado con nosotros que sin este probablemente no podríamos existir tal como lo hacemos hoy en día.

En realidad, dirigimos la mirada a esta parte de nosotros mismos nunca escondida, más allá de la materialidad y de las apariencias de nuestro cuerpo. Allí donde todo es confuso, movido, a menudo indescifrable con nuestras pobres palabras y, sin embargo, tan esencial: en las fascinantes esferas de lo que llamamos «conciencia».

Sensaciones, percepciones, impulsos se mezclan en una serie interminable, como tantos estímulos llamados a mantenernos con vida. Nuestra existencia es alimentada sin cesar, colmada con esas aportaciones, pero también atada, golpeada, empujada según esos «vientos interiores» con una violencia a veces temible.

A menudo son sólo debilidades internas e íntimas, alegrías o dolores impronunciados, momentos de comunión intensa con un ser o un objeto, un entorno, que traducen nuestra existencia, nuestra vibración en comunión o discordancia con lo que nos rodea. Mucho antes de entrar en los hechos, de traducirlo en nuestro cuerpo con los actos y en el tiempo y el espacio con sus consecuencias materiales, aquí está nuestra vida, en el corazón de nuestra mente.

A partir de este momento es inevitable asociar intuición y conciencia, ya que ambas proceden, en grados distintos, del mismo impulso que reúne percepción, comprensión, expresión. Evidentemente, la intuición procede de la conciencia y la conciencia procede del conocimiento intuitivo. Hasta tal punto que en muchos casos la frontera entre ambas es tan tenue como una simple sensación y es muy difícil relacionarla con la ciencia pura o un embrión del proceso intuitivo.

Mucho más que esas perturbadoras similitudes, que de hecho se parecen mucho más a una complementariedad real, la intuición desempeña la función de «desencadenante», de instigadora, de detonante, respecto a la conciencia, que resulta ser, de pronto, de suma importancia. Todo demuestra que la intuición, por sus atisbos de certidumbre, sus surgimientos repentinos y luminosos – que razonablemente pueden asimilarse a una forma de saber–, está al servicio de nuestra conciencia.

La mejor manera de captar todo el alcance de esta interacción tan estrecha entre conciencia e intuición es interesarse, una vez más, por los trabajos de la ciencia, por un lado en ese campo particular de la conciencia que es la intuición y, por otro, en el estudio afinado de los detalles del proceso intuitivo.

Capítulo 4

La intuición y la ciencia

*No existen vías lógicas
que conduzcan a las leyes naturales,
sólo la intuición descansando en el entendimiento
puede llegar hasta ellas.*

Albert Einstein

Hace tiempo, por su propia naturaleza, el estudio de la intuición se consideró un tema reservado a mentes dedicadas al pensamiento. Tal y como hemos recordado brevemente, durante muchos siglos, filósofos, pensadores y otros exploradores del alma humana se interesaron de forma distinta por el fenómeno de la intuición, dando su opinión, elaborando teorías, buscando sus efectos, descubriendo aquí y allí muchas justificaciones para intentar delimitar mejor sus causas.

Como pasa a menudo cuando el tema carece de parámetros concretos, se ha dicho todo sobre la intuición, desde las hipótesis más sabias hasta las más fabulosas, con frecuencia sin dedicar tiempo a llegar verdaderamente al fondo de las cosas. Con todo, teniendo en cuenta la «fluidez» de nuestro tema, no podemos ocultar la dimensión más concreta en la que se materializa.

Con independencia de que la importancia que se le dé sea total o relativa, efectivamente parece indispensable evocar la intuición bajo consideraciones verificables, como nos propone el enfoque científico, no para extraer afirmaciones absolutas, sino para al menos tener la oportunidad de delimitar nuestro tema bajo una nueva luz, desde un punto de vista que, a su manera, hace progresar la comprensión del proceso intuitivo.

Cuando la intuición se dirige a la ciencia

Que la ciencia tenga la intuición de estudiar la intuición... ¡a la fuerza debe llevarnos por caminos interesantes! Además, durante décadas, por no decir siglos, la ciencia se ha dedicado escrupulosamente a desvalorizar la intuición, a la que oponía el razonamiento y el conocimiento científicos.

En realidad, por esencia, la intuición entraría con dificultad dentro del universo científico, donde todo debe ser racional, universalista, comunicable, comprobable, matemático, con el *leitmotiv* de la inevitable preocupación por la famosa «experiencia». Demasiados parámetros situados a años luz de la espontaneidad y de la inmediatez de la intuición. Todo parece, pues, alejar la conciencia científica del conocimiento intuitivo.

Pero esto significa prejuzgar e infravalorar demasiado rápido las capacidades de algunos investigadores para superar y llevar más lejos los límites del entendimiento..., lo que es, justamente, propio de la ciencia. Porque, bien mirado, se observa, no sin cierta ironía, que toda actividad de investigación, recurriendo a las ciencias exactas más matematizadas, a los protocolos de experiencias más elaborados, debe de hecho mucho a la intuición, aunque sólo sea la propia idea de las experiencias por construir y la hipótesis inicial planteada por el investigador.

En efecto, no se puede dejar de observar que el gran sabio, en general, no es el que se pasa el tiempo realizando cálculos interminables, sino el que «encuentra» de repente la conexión, el fallo, el sistema..., es decir, el que inventa una nueva ley. Esto hace que muchos digan que el intelecto y la lógica no son suficientes para que la ciencia avance y que un investigador sin intuición carece de una parte esencial para el enfoque de un tema: no tiene ninguna posibilidad de alcanzar un resultado tangible, ya que se «descalifica» a sí mismo por esa insuperable e inalcanzable carencia.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.